

Persecución

JOYCE CAROL OATES

Traducción de Patricia Antón

Título original: Pursuit

Copyright © 2019 by Ontario Review, Inc
Published by arrangement with The Mysterious Press,
an imprint of Grove Atlantic, Inc.,
New York, N.Y., USA

© de la traducción: Patricia Antón, 2019
© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U, 2020
Rambla de Catalunya, 131, 1^ª-1^ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: febrero de 2020

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Rubén Cayetano Díaz Alonso (2010)
Imagen de interior: cortesía de Princeton University
Imagen de la solapa: © Dustin Cohen

ISBN: 978-84-17109-77-6
Depósito legal: B-2374-2020
Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Joyce Carol Oates cuando se le concedió
el Premio Jerusalén, en 2019.

Para Arthur Vanderbilt

PRIMERA PARTE

EL JOVEN MARIDO

¿Qué ibas pensando cuando pasó? Tienes que acordarte.

Creo que lo sabes. Creo que debes contármelo. Por ti y por mí, tienes que recordarlo y decirlo con franqueza.

En aquel instante. Justo antes de que ocurriera.

Hace falta que volvamos a aquel instante.

Cuando bajaste del autobús. Cuando te quedaste de pie en el bordillo.

Cuando bajaste del bordillo.

Si lo hiciste sin querer o... a propósito.

Tenemos que insistir en eso. Necesitamos saberlo.

Te has perforado un pulmón. Te has roto la clavícula y cinco costillas.

Tienes media docena de pequeñas fisuras en el cráneo. Tu cerebro ha resultado contusionado, lacerado. Hay riesgo de que se formen coágulos.

Según el conductor del autobús, parecías estar «decidiendo algo».

Tenemos que volver a ese instante. Necesitamos saber por qué.

Por qué hiciste lo que hiciste, qué te decías a ti misma en el instante en que ocurrió. Cuando te bajaste del bordillo.

A la mañana siguiente de nuestra boda.

BAILE DE ESQUELETOS

Esqueleto. Hundiendo el rostro en la almohada, susurra esa (aterradora) palabra, en voz alta (apenas).

No está muy segura de qué significa «esqueleto» exactamente. Aunque (quizá) sí lo sabe.

Es-que-le-to. Esque-letto. Esqueleto.

Una terrible palabra (de adultos) que no debe decirse en voz alta. Una palabra que una niña no debería conocer, y que desde luego no pronunciaría. Una palabra que, cuanto más la pronuncias, más terrible se vuelve. Una palabra que resulta fascinante, como un vapor venenoso que se eleva hacia tus fosas nasales, y que sabes que no deberías inhalar, pero no puedes resistirte a hacerlo.

Es un sueño recurrente que tiene cuando está creciendo. Después de que sus padres desaparezcan. Después de haber vivido con parientes.

Esqueletos. En un lugar cubierto de hierba.

Cuántas veces tiene ese sueño. Prácticamente todas las noches. En los sitios a los que la llevan, con sus cosas embutidas en lo que llaman un *petate*.

Tiembla tanto que le castañetean los dientes.

Sí, en ese sitio nuevo, a veces tiene tanto miedo que moja la cama. Esas palabras pronunciadas en murmu-

llos, «moja la cama», la avergonzarán y atormentarán toda su vida.

No consigue comprender quién, o qué, la obliga a correr por aquel sendero lleno de maleza; la obliga a trastabillar entre la hierba crecida que le lacera las manos, el rostro; la obliga a ver.

¿Creías que podrías olvidarnos? ¿Creías que nosotros íbamos a olvidarte?

Pasó hace mucho tiempo. Si existiera una carretera que te llevara hasta aquella época, habría una interrupción en ella, un trecho desmoronado, de modo que tendrías que bajar a ese socavón en la carretera para poder cruzar al otro lado. Así de lejos quedaba.

El sueño de los esqueletos moraba en ese tiempo remoto.

Cuántas veces había tenido ese sueño, que recorría en oleadas su cuerpo menudo como una corriente eléctrica, que la despertaba al instante.

Temblando de frío, sin aliento suficiente para gritar.

Eras capaz de distinguirlas..., las calaveras.

Cráneos (humanos), no de animales.

Entre la hierba crecida, junto al riachuelo.

No las veías de cerca. No.

Pero... sí llegabas a verlas. Cerrabas los ojos demasiado tarde.

Veías que una calavera era mayor que la otra: esa era la de papá. Y la calavera algo más pequeña era la de mamá.

Entre la hierba crecida, los huesos se hallaban desparrramados de modo que (casi) parecía que estuvieran bailando. Yacían donde habían caído tanto tiempo atrás.

LA MAÑANA DE LA BODA

¿Creías que podrías olvidarnos? ¿Creías que nosotros íbamos a olvidarte?

La mañana de su boda, muy temprano, antes de que amanezca, despierta sobresaltada de ese sueño, del sueño de los esqueletos: tenía motivos para creer que lo había dejado atrás al hacerse mayor, pero ahí está de nuevo, muy vívido ante sus ojos.

Está empapada en sudor bajo el camisón de algodón blanco. Será la última vez que use ese camisón (raído, su favorito) con su ribete de puntilla, puesto que es la última vez que duerme sola.

Sí, (todavía) es virgen. Por lo menos eso sí lo tiene.

Exhausta y aturdida, yace boca arriba en un sitio que se le antoja revuelto y lleno de surcos como la tierra, pero que es su cama. Nota la piel irritada como si la hubieran azotado con afiladas hebras de hierba. En el sueño, ha estado corriendo, desesperada y jadeante, aunque la lógica del propio sueño le dice que correr es inútil.

¿Creías que podías huir de nosotros?

Al principio no sabe dónde está ni qué hora es, pues en ese sueño terrible es muy jovencita y, en ese tiempo remoto, está en un sitio distinto.

Esta identidad que con tanto cuidado se ha construido, la de adulta entre los adultos del mundo, es un ser que en el sueño no existe todavía. En el sueño solo aparece su yo de niña, su ser más auténtico y desprotegido, como un cervatillo recién nacido que ni siquiera desprende aún olor alguno.

Desprotegida como una cría a la que su madre ha abandonado.

Desprotegida como una cría a la que, por pura lástima, han llevado a casa de una tía tras haberla abandonado sus padres.

Al quedarse dormida, había captado que el sueño, el de los esqueletos, era inminente. Pues siempre hay primero una premonición, una sensación de parálisis en los miembros y de aturdimiento en lo hondo de su ser, la sensación de que se avecina algo terrible que no debes mirar, aunque en el sueño te ves obligada a mirarlo porque no tienes elección.

Pero ¿por qué en la víspera de su boda? A qué viene que haya tenido ese viejo sueño de la infancia, tan terrible...

Se encuentra en aquel lugar cubierto de hierba junto al riachuelo. La basura que las tormentas arrastran corriente abajo desborda sus riberas. Escombros y desechos, ramas de árboles rotas, cuerpos momificados de pequeños animales. Los restos de una mochila podrida. Y entre esos objetos, desparramados en la hierba, se hallan los esqueletos.

¿Podría uno saber que esos huesos son humanos? No, no podría.

Ella no lo sabe. ¡No!

Excepto por las calaveras. Casi ocultas por la hierba, no muy lejos una de la otra, esperándola.

La calavera más grande, con sus cuencas oculares y su nariz enormes, muestra los dientes rotos en una mandíbula desencajada, porque había gritado.

La calavera menor tiene las cuencas y la nariz más pequeñas. Esa es la calavera sosegada, la calavera atenta y cautelosa.

Es significativo, a menos que se trate de una pura casualidad, que ambas calaveras hayan acabado boca arriba.

Quien sea que aparece en el sueño no es quien ella es ahora. Ya no.

Ahora es mucho mayor. Tiene veinte años.

¡Está a salvo! Es una adulta.

Si no fuera porque al observar el lecho del riachuelo, y al escuchar con atención, puede oírlos: unas voces, apenas audibles. ¡Veen! ¡Veen aquí!

Hay grandes rocas desparramadas, peñascos. Unas, blanqueadas por el sol, se han vuelto de color hueso. Otras son de un gris anodino, plomizo. Algunas están cubiertas de curiosas excrecencias retorcidas, como tumores. Unos cuantos huesos se han abierto paso hasta el lecho del río, donde la corriente los ha arrastrado un poco más allá hasta dejarlos varados en las rocas, como si hubieran tratado de escapar y no lo hubieran conseguido.

Cuánto tiempo atrás debía de haber muerto la carne para tornarse rancia, licuarse y desprenderse de los huesos...

Clavícula. Húmero. Fémur. Tibia. Carpos. Costillas. Esternón...

¿Cómo es que sabe los nombres de esos huesos? Nunca ha cursado la asignatura de biología. No se le dan bien las ciencias.

Su prometido sí conocería los nombres de los huesos. Hizo el curso introductorio para estudiar Medicina en la universidad pública. Aunque acabó por desanimarlo la feroz competitividad en dicho programa, que lo dejaba a la zaga de un tercio de la clase, y sin ganas de hacer trampas, ni siquiera suponiendo que fuera capaz de medirse con la

pericia y el descaro de otros alumnos. «A lo mejor no tengo tantísimas ganas de convertirme en médico. ¿Te importa, Abby, no ser la mujer de un doctor?»

Ella se había reído y le había dado un beso. Agradecía tanto que su prometido la quisiera sin saber lo que llevaba enconado en el corazón que le habría perdonado cualquier cosa.